

CAPÍTULO XI

El ejército en tiempo de paz. — Guarnición de los *tepuhcalli*. — Fuerza armada de los templos. — Construcción de los *teocalli*. — Guarda de las fortificaciones y almacenes de guerra. — Guardia del *Tépan*. — Resolución del Consejo para hacer la guerra. — Proclamación en los *calpulli* y en los pueblos aliados. — Preparativos. — Lugar de reunión de las tropas. — Distribución del mando del ejército. — Marcha. — Campamento. — Centinelas. — Fortificación pasajera. — Espías y avanzadas. — Preparativos para el combate. — Formación del ejército. — Maestros de campo. — Ayudantes. — Orden de formación. — Táctica de ataque. — Señal del combate. — Batalla. — Reserva y refuerzos. — Ataque de flanco y á retaguardia. — Costumbre de envolver al enemigo para hacer prisioneros. — Retirada. — Estrategia de emboscadas y sorpresas. — Albazos y ataques nocturnos. — Fosos cubiertos. — Ardides de los *mexica*. — Fortificación permanente. — Diversos modelos de fortificaciones en las ruinas de la *Quemada*. — Paso de los ríos. — La cerca ó *tenámitl*. — Su objeto, forma y modo de defenderla. — Medios de atacarla abriendo brecha. — El asalto. — Terraplenes y pirámides. — Escalamiento. — Cercos y sitios. — Toma de los *teocalli*. — Entrada á sangre y fuego en la ciudad vencida. — Prisioneros. — Táctica defensiva. — Sitio y defensa de los mercaderes en *Cuahtenanco*. — Cuenta y razón que daban los *calpixque* después de la campaña. — Imposición de tributos á los pueblos vencidos. — Castigo de los *calpixque* convencidos de mal manejo. — Resultados de las conquistas de los *mexica*. — Aviso de la victoria. — Correos. — Señales que daban á conocer las noticias que llevaba el *paynani*. — Los *tequihuatitlantli*. — La vuelta del ejército. — Entrada triunfal. — Disciplina. — Jurisdicción militar. — Juicios en los *tepuhcalli*. — Los tribunales *Tequihuacacalli* y *Tecpilcalli*. — Premios. — Ceremonias con que se entregaban. — Vuelta del ejército en derrota. — Exequias á los difuntos.

Primeramente debemos considerar al ejército de los *mexica* en tiempo de paz, si bien por sus aficiones bélicas podría llamarse habitual en ellos el estado de guerra. Cuando en ésta no se hallaban empeñados, no estaban sobre las armas ni en servicio activo todos los *yaoyizque*. Sí debemos creer por los antecedentes citados, que periódicamente y en ciertas ocasiones se reunían para hacer ejercicios militares. Los guerreros conservaban entonces sus armas en sus habitaciones y se dedicaban á las labores de que recibían la subsistencia. Pero no quiere decir esto que en lo absoluto quedara desguarnecida la ciudad. Tenemos primeramente los veinte *tepuhcalli*, que podemos llamar colegios militares y en los cuales había depósitos de armas y municiones, que por su propia organización era preciso que tuviesen un agrupamiento de guerreros, á los que se agregaban los mancebos que ahí estudiaban el arte de la guerra. Lo mismo debemos decir respecto del *Calmecac* que estaba en el recinto del gran *teocalli*; á lo que hay que añadir la consideración de que en ese recinto había salas de armas bien provistas, que en él estaba igualmente la casa de los *cuahtli* y de los *occlotl*, y que el *teocalli* era la principal fortaleza de la ciudad.

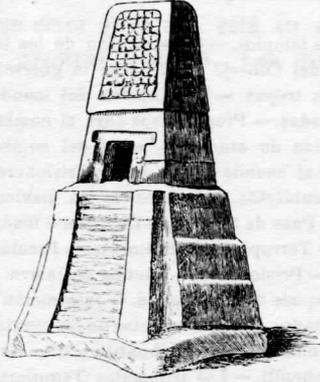
Ya lo hemos dicho; pero tenemos que repetir que los *mexica*, lo mismo que los demás pueblos de nuestro Valle, adoptaron la táctica defensiva de la raza del Sur, la cual, según recordaremos, consistía principalmente en presentar frentes numerosos de guerreros en las diversas

gradas ó pisos de las pirámides. Por eso los pueblos del Anáhuac levantaron sus templos sobre construcciones piramidales de gradas ó pisos, que si no alcanzaban la altura y grandiosidad de aquéllas, dominaban al menos el pueblo ó ciudad que defendían.

Motolinía, hablando de la construcción de los *teocalli*, dice que en lo mejor de un pueblo hacían sus habitantes un gran patio cuadrado, que en los mayores tenía de esquina á esquina un tiro de ballesta; cercaban de paredes este patio y muchos de ellos eran almenados; miraban sus puertas á las calles y caminos principales, y generalmente sacaban desde ahí los caminos á cordel una y dos leguas. En lo más eminente de este patio había una gran cepa cuadrada y esquinada, la del pueblo mediano de Tenayócan, que midió fray Toribio, tenía cuarenta brazas de esquina á esquina; la pared de la cepa era de piedra, y por dentro la henchían toda de piedra, ó de barro y adobe, ó de tierra bien tapiada; y según iba subiendo la obra, íbanse metiendo adentro para darle la forma piramidal, y de braza y media ó de dos brazas en alto iban haciendo unos relejes ó pisos, porque no labraban á nivel; y por más firme iban enangostando la construcción, de manera que cuando iban en lo alto del *teocalli*, tanto por la inclinación como por los relejes, se habían metido siete y ocho brazas de cada parte, y quedaba en lo alto una planicie de treinta y cuatro á treinta y cinco brazas. Para subir á la parte superior ponían siempre escaleras con el número de gradas correspondiente á la altura.

No sólo en el gran *teocalli* sino en otros principales que en México había, era necesaria una guardia que los cuidase. Existían además otras obras de fortificación permanente, entre ellas el fuerte de Xoloc, y no es creible que las tuvieran abandonadas sin que una fuerza competente las guardase. Ya hemos dicho que estaban bien provistas, y que no habría bastado para su custodia el solo *yaocallapirqui*.

Agreguemos los almacenes de armas y víveres, el *Tlacochealco* y el *Tecoyahualco*, que no podían estar



Modelo en barro de un teocalli

abandonados, y el *Técpán* ó palacio que no debía carecer de una guardia.

Además de que esto es lógico y necesario en una sociedad organizada y sobre todo en una sociedad guerrera, tenemos dos datos de valor en que apoyarnos. El primer dato es el dicho de Bernal Díaz, testigo presencial y mayor de toda excepción, que fué al palacio de Moteczuma acompañando á Cortés en la primera visita que hizo al señor de México; y dice expresamente que tenía éste sobre doscientos principales de su guarda. Gomara, autoridad también muy respetable, dice terminantemente, que cada día iban seiscientos señores á hacer guardia á Moteczuma, y cada uno llevaba tres ó cuatro criados con armas, y alguno veinte ó más según era y lo que tenía, y así resultan tres mil hombres ó más los que estaban guardando el palacio del rey. Aunque se suponga exageración en esto, siempre tendremos dos testimonios irrecusables de la existencia de la guardia más ó menos numerosa. Y á éstos podemos añadir el de Torquemada, que no sólo habla de la guardia del rey, sino que dice que estaba mandada por uno de los *achcáuh-tin*.

Pero hemos dicho que tenemos otro dato de importancia, y es la lengua. En el mexicano ó nahoa encontramos las siguientes palabras:

Tlapirqui, la persona que guarda.

Teopantlapia, guardar templo.

Ixpia, guardar á alguno.

Centlamátin yaoyizque, guarnición de guerreros.

Ni yaoteca, guarnecer gente para la guerra.

Ichichihca, guarnición.

Tlachiani, atalaya ó centinela.

Esta última palabra, que por sí sola bastaría para resolver la cuestión, tiene la particularidad de que refiriéndose á la guerra toma la forma compuesta *Yaotlachiani* ó *Yaotlachirqui*.

Desde el momento que la misma lengua nos da las voces que corresponden á guarnición, guarda y centinela, y que en confirmación tenemos el dicho de cronistas respetables, todo lo cual se apoya en la constitución misma de aquella sociedad, tenemos que sostener que en tiempo de paz estaba la ciudad de México guarnecida, si bien la fuerza sobre las armas podía ser corta, y si bien los guerreros que no pertenecían á ella no andaban armados por no estar en servicio activo. Sin duda que á los que de facción estaban, les darían el *yaoyizcapatioll* ó paga.

Veamos ahora cómo mudaban las cosas para la guerra. Si llegaba el caso de que tuviera que hacerse ésta por alguno de los motivos atrás indicados, reunía el *tecuh-tli* al Consejo, del cual nos ocuparemos extensamente más adelante, y éste decidía que se llevase á cabo. Ya dijimos que en esta ocasión formaban parte integrante de dicho Consejo los señores de Texcoco y Tlacópan. A más, por varios pasajes de los cronistas, se viene en conocimiento de que á veces se llamaba á los *yaoyizque* viejos y principales para oír su opinión; y no echemos en olvido que era muy respetable la del cuerpo de los *cuauhtli* y los *océlotl*. Una vez resuelta la guerra se publicaba en los cuatro *calpulli* de Tenochtitlán, é iban embajadores escogidos entre los jefes á proclamarla, primero á Texcoco y después á los otros pueblos aliados que debían acompañar á los mexica en su prosecución. En todos ellos comenzábase en seguida á apereibir la gente, armas y vituallas necesarias; y los mexica en todos los *calpulli* aderezaban sus *chimalli*, macanas y otras armas, y fabricaban gran número de flechas, dardos y hondas para arrojar piedras como pelotas, y hacían muchos ejercicios para tener listos sus cuerpos ó escuadrones. Mandábase avisar á los *calpixque* de los pueblos por donde había de pasar el ejército, que tuviesen listo el auxilio necesario, ya de gentes y armas, ya de víveres. Y los de México arreglaban sus provisiones y todo lo necesario para municionar el ejército, llevando muchas mantas y lo conveniente para levantar las tiendas en los campamentos. Hecha la provisión de los *yaoyizque*, partía al fin el ejército de México.

De antemano se fijaba lugar y día para la reunión de las fuerzas aliadas, y una vez verificada la concentración, marchaban todos en son de guerra y en orden regular, para lo cual se repartían por divisiones señalando á cada una su jefe y cierto número de escuadrones, y asignando el mando de determinado número de divisiones á cada uno de los cuatro grandes jefes, los cuales

á su vez estaban sujetos al *Tlacatecuhtli* ó á quien iba en su lugar y hacía sus veces.

Sería de ver el ejército cuando galanamente formado por columnas encumbraba un lomerío; á la cabeza sus jefes cubiertos de riquísimos trajes ornados de oro y vistosa plumería, los *océlotl* y los *cuauhtli* con sus pieles de tigre ó sus plumajes de águila cubierta la cabeza por cascos con el rostro de esos animales; cada escuadrón con diferentes colores, ya en el traje ó en el cuerpo embijado de los guerreros; los rostros rojos como fuego, ó negros como la noche si eran de sacerdotes ó de dignidades del *Calmecac*, ó variados de diversos colores; y el relucir de las armas y de los *chimalli*, ya ornados de oro, ya de espejos deslumbradores de pirita; y los mil adornos de oro y piedras brillantes de los guerreros principales; y como campo ondulante y cubierto de flores, la multitud de penachos de plumas de todos colores, sobresaliendo sobre ellos las mil banderas y enseñas como inmenso iris que fluctuaba al viento. Y detrás cientos de hombres con las cargas, cerrando el horizonte con las mujeres de trajes bizarros y vistosos. Figurémonos así un ejército de veinte mil hombres que con su acompañamiento podía llegar á doble número; y la imaginación más poderosa no podrá sobrepujar á la realidad de ese ensueño de luz y colores desplegándose bajo el azul poderoso de nuestro cielo.

No sólo conocían los mexica la formación en marcha perfectamente organizada, que les daba seguridad de no ser sorprendidos ni atacados en su camino, sino que de la misma manera y por igual motivo, sabían al terminar sus jornadas formarse en campamento, y especialmente lo practicaban luego que habían llegado á términos del pueblo ó señorío que iban á combatir. Buscaban para asentar su real lugar elevado y de donde pudieran ver al enemigo que se les acercara; alzaban en él las tiendas, siendo la mayor parte de carrizos y ramas; pero haciéndolas también muy ricas de mantas y pieles para los *yaoyizque* principales; y levantaban además en lo más seguro una gran galera que se decía *yaotanalco*, y que era el almacén de las armas y los víveres que llevaban los *calpixque*. Este depósito se renovaba constantemente por nuevos envíos que se hacían de México ó de los pueblos aliados: de modo que jamás podía faltar lo necesario. Iguales envíos se hacían continuamente de armas y gente de refresco. Así es que podemos llamar perfecta la organización administrativa del ejército de los mexica, sobre todo si atendemos á la cultura y demás circunstancias de aquellos tiempos y aquellos pueblos.

Naturalmente cuidaban sus campamentos con avanzadas y centinelas, y al acto de atalarlos le llamaban *yaotluchializtli*. Para evitar que en ellos fuesen batidos acostumbraban fortalecerlos, pues usaban y conocían la fortificación pasajera. Tezozomoc refiere que luego que asentaban su real procedían á *fortalecerse fuertemente*.

Estas fortificaciones consistían principalmente en trincheras con cuya tierra hacían ligeros parapetos ó albarradas, mezclando á veces piedras sueltas, y reforzándolos con palizadas. Y sucedió no pocas veces, que rechazados los mexica y perseguidos por el enemigo, encontraron su salvación en los campamentos fortificados pasajeramente por ellos.

De antemano, según hemos referido, habían ido los *tequihua* á espiar y reconocer bien el pueblo ó señorío que se trataba de conquistar, y también dijimos que con ellos iban cierto número de *pochteca* buenos conocedores del terreno. Así es que éstos constituían las avanzadas y espías cuando se preparaba la batalla. Explicaremos la táctica de los mexica en sus diversas fases comenzando por el combate campal.

Antes de salir para la guerra, siguiendo siempre sus costumbres religiosas, acostumbraban los mexica hacer sacrificios personales punzándose con espinas de



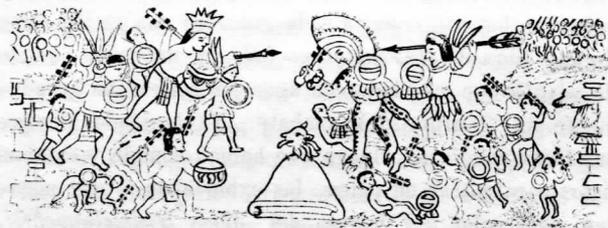
Sacrificios personales

magüey y celebrando otros actos de su culto; pero ya en campaña tales sacrificios habrían debilitado sus fuerzas. Así es que el día del combate se procuraba por el contrario robustecerlas. Al efecto, después que habían arreglado sus armas y se habían embijado, cada uno según su arma y escuadrón, les daban de comer, y repartían los *calpixque* á cada guerrero una ración como de una libra de *tlaxcaltotopochtli*, y un buen puñado de *pinolli* que mezclado con agua los refrescaba grandemente en el ardor del combate. Y siguiendo siempre sus ideas religiosas, luego que habían comido y estaban listos para entrar en pelea, los exhortaban á que peleasen con valor en honra del dios *Huitzilopochtli*, ponderándoles la gloria que tendrían de morir en la guerra, con lo que conseguirían por premio ir á habitar en la mansión del sol.

Procedíase en seguida á formar las falanjes y columnas, y á organizar las tropas ligeras y la reserva. Aquí nos encontramos verdaderamente asombrados con lo que podemos llamar un cuerpo de estado mayor: y porque no se nos tache de ilusos vamos á copiar textualmente las palabras relativas de Durán. «Luego, dice, salieron los viejos que tenían oficios de ordenar la gente de guerra, que eran como *maestros de campo*, con sus

bastones en las manos y unas cintas apretadas á la caueca y unas orejeras de concha, largas, y unos besotes en los lauios, muy bien armados, y empezaron á componer la gente." Por su descripción se ve en seguida que eran los *tequihuaque*; pero como además en diversas relaciones de batallas se habla de órdenes mandadas comunicar por el *Tlacatécattl*, y en las pinturas vemos siempre á su lado á los *cuauhlli* y los *océlotl*, es de suponer que éstos servían para ese objeto. Eran, pues, como edecanes, así como los *tequihua* maestros de campo.

La común organización era formar primeramente guerrillas de honderos, compuestas de un *tequihua* y cinco guerreros cada una, y de un *otómiltl* y un grupo de flecheros: seguíanse las grandes divisiones mandadas por los jefes principales, que por sus componentes tomaban la forma de columnas paralelas; cada columna, con su jefe especial, se componía de subdivisiones de varios escuadrones, mandadas también por un jefe determinado; y cada escuadrón llevaba á su cabeza su *Telpuchtlato* con la bandera que debía seguir, y cada escuadra de ese escuadrón su *achcauh* con su estandarte para el mismo objeto, por lo cual los cronistas les dan también el nombre de alférez, que traduce Molina por *yaocquachpanitquic*, es decir, el que lleva en la guerra el *quachpámiltl* ó bandera que sirve de cabeza; cada guerrero de estos escuadrones llevaba su macana colgada de la diestra y en la mano izquierda un puñado de dardos, embrazando el *chimalli*; los jefes tenían sus lanzas ó bien *átlatl*, que también llevaban algunas guerrillas: cubriéndose con los escuadrones y formando sus flancos iban también flecheros; y cerraban la retaguardia los valerosos *quáchic* con la tropa nueva y los mancebos que iban á aprender el arte de guerrear. Este orden sufría modificaciones según las circunstancias, y así se mandó en la campaña contra los cuexteca, que se



Batalla en columnas

mezclasen los mancebos con los soldados viejos para que éstos adiestrasen y cuidasen á los bisoños.

En esta formación la táctica de los mexica tenía por objeto romper la línea enemiga, destruirla y envolverla; á lo que llamaban *petlaticalaqui*. No faltan pinturas, en que, á pesar de la pobreza de figuras inherente á los jeroglíficos, se ven llegar á lo fuerte de la batalla las columnas de *yaoyizque*.

Formado ya el ejército frente al enemigo, daba el

Tlacatecuhtli ó quien hacía sus veces la señal del combate, tocando en el *huehuell* de oro; comunicaban la orden rápidamente los otros jefes con sus atambores y caracoles, indicando las evoluciones con sus banderas; inmenso griterío se alzaba entre los *yaoyizque*, apellidando México Tenochtitlán ó el pueblo á que pertenecían; y entre alaridos que ponían espanto en el ánimo é imprecaciones y befas á sus contrarios, empezaban la refriega lanzando lluvia de piedras sobre ellos con las hondas, y granizada de flechas y de dardos con el poderoso *átlatl*. Las columnas de escuadrones se precipitaban en seguida al encuentro del enemigo, arrojando dardos, y cuando estaban cuerpo á cuerpo rompían sobre él usando de la macana y defendiéndose con el *chimalli*, atacando con el mayor furor é ímpetu que podían, llevando de encueniro al batallón que menos fuerte era, según las palabras del cronista Muñoz Camargo. Cubiertos por ellos y cubriendo á su vez los flancos, los arqueros hacían gran destrozo con sus proyectiles en las filas contrarias. Si se veía que los escuadrones flaqueaban, se les mandaban otros de la reserva á apoyarlos y auxiliarlos. Ya hemos visto en las campañas de Itzcoatl, que los tenochca conocían el ataque de flanco y por retaguardia, y así en lo más crudo del combate, las columnas mexica dispuestas á este propósito flanqueaban al enemigo, ó por retaguardia sorprendían el pueblo que querían ocupar, ó caían sobre sus contrarios envolviéndolos. Rotos y vencidos los enemigos, destrozados y envueltos, dábese el grito de victoria, que por todo el campo se repetía, y se seguía la persecución y alcance de los derrotados, entrando á ello todas las fuerzas y los mismos mancebos, procurando como principal botín y mayor gloria hacer el mayor número de prisioneros para sacrificarlos á sus dioses. El aprehensor era dueño del cautivo, y relatan las crónicas cómo se dividía el prisionero cuando se hacía entre varios. Generalmente al ganar la batalla, precipitábase el ejército sobre la ciudad contraria, y la entraba á sangre y fuego.

Más por curiosidad que por interés, diremos que al campamento le llamaban *yaoyizque yntlatequiliz*, á ordenar los escuadrones para dar la batalla *yaotequilía*, á ponerse á punto para acometer *yaotlalia*, á dar el grito de guerra *yaotzatzi*, á las señales para hacer las evoluciones *yaomachiyonecaliliztli*, á cercar á los enemigos *yaoyahualoa* y á retirarse *yaoeniloti*. Así la lengua viene á comprobar cuanto hemos dicho y á más que los mexica conocían el ataque en retirada.

Mas si por lo general, según nos refiere también Muñoz Camargo, se usaba la batalla campal; y por eso puede decirse que eran invencibles los mexica, pues á su valor indomable y á lo numeroso de su ejército, reunían una magnífica organización y una superioridad notoria en su táctica y en el conocimiento del arte de la guerra, usaban también, sin embargo, de estratagemas para sorprender al enemigo. Estrategia heredada de los

antiguos nahoas era el caer sobre el campo contrario á las primeras luces de la aurora, y despedazarlo cuando no estaba preparado para la defensa: ya hemos dicho que estos ataques se llaman *albazos* entre nuestros guerrilleros, y Muñoz Camargo habla de asaltos de noche y á deshora. También por diversos relatos de batallas que en las crónicas encontramos, especialmente en las de Durán y Tezozomoc, sabemos que otras veces armaban grandes emboscadas para atraer á ellas al enemigo, y allí cercarlo y destruirlo. Ya hemos visto un ejemplo de esto en la batalla que presentaron los itzaes en la laguna del Petén, y que sus combates en agua estaban sujetos á táctica semejante. En las emboscadas hacían, según Muñoz Camargo, grandes fosos poniendo en ellos estacas puntiagudas; escogían para ello lugares de paso preciso, y cuidaban de cubrirlas con ramas. Simulaban una desbandada, á fin de que el enemigo los persiguiese creyéndoles en derrota, y cuando salían bien de su intento y caían en la trampa los contrarios, les causaban muchas muertes. En esto había un recuerdo de las estacas hundidas en tierra que ponían los nahoas en los caminos.

En otras ocasiones, y siempre siguiendo la táctica de hacer una huída falsa para atraer al enemigo, hacían caer á éste en emboscadas, de modo que los envolvían en el lugar escogido de antemano con fuerzas que tenían ocultas á los flancos. En la misma guerra contra los cuexteca, que tanto hemos citado, se valieron los tenochca de uno de estos ardides. Cuenta la crónica, que los maestros de campo tomaron á los valerosos *quáchic*, los hicieron echar en tierra, tendidos todos en el suelo con sus rodela y macanas en las manos, y los cubrieron con paja, que parecía que no había allí un solo hombre, cuando eran unos dos mil. Trabada la refriega, fingieron ceder los tenochca, y se fueron retrayendo hacia donde estaba la emboscada de los *quáchic*, perseguidos por los cuexteca que iban en su seguimiento; y cuando ya tuvieron á éstos bien adentro, salieron los que estaban debajo de la paja, y tomándolos en medio dieron con tanta furia en ellos, que ninguno de preso ó muerto escapó.

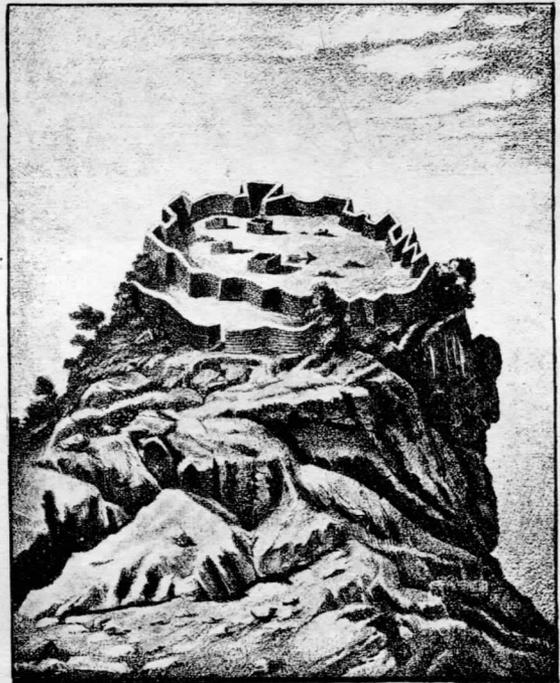
Como quiera que en no pocas descripciones de encuentros se mencionan tales estratagemas, es claro que formaban parte muy principal de la táctica de los astutos mexica.

Pero no sucedía siempre que los contrarios presentasen batalla campal, sino que fiaban más bien su salvación á las poderosas fortalezas inmediatas á sus ciudades ó á las fortificaciones en éstas levantadas. Entonces los mexica tenían que mudar su táctica y emplear el asalto, y el cerco ó el sitio. En muchas ocasiones nos hemos referido á los conocimientos que los antiguos pueblos tenían de la fortificación permanente; y aquí nos toca solamente resumir lo ya dicho sin que tratemos de las obras fuertes levantadas en la ciudad de

México, porque nos parece lugar más á propósito para ello cuando lleguemos á su ataque por las fuerzas de Cortés.

Para dar una idea general sobre la fortificación permanente, tomaremos como modelo las ruinas de la Quemada en territorio de los zacateca, ya porque pertenecieron á una civilización no muy avanzada, y por lo mismo están más en consonancia con la época de decadencia del tiempo de los mexica, ya porque nos presentan las diversas maneras de defensa de aquellos pueblos.

Ya hemos visto que la base de la fortificación era la superestructura; la albarrada, el terraplén, la pirámide. Esto apoyado á veces en defensas que proporcionaba la misma Naturaleza, ya levantando las fortalezas



Peñón de Mitla

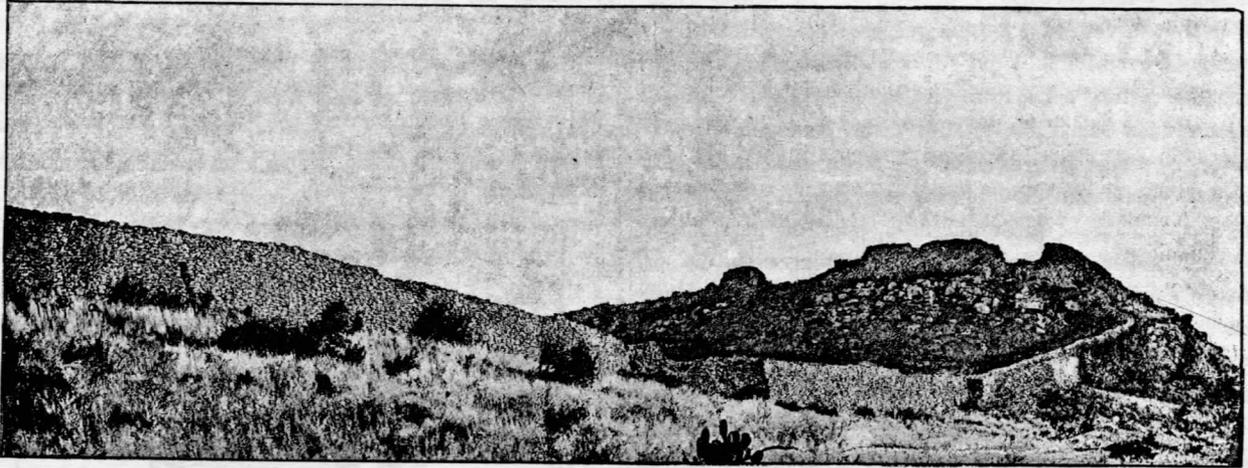
sobre cerros como la de Xochicalco, ya en peñas aisladas como la de Mitla, ya á orillas de un río como la de Copán.

Digamos de una vez que los mexica supieron vencer el obstáculo de los ríos. En una de las campañas más famosas, la de Tototepec, era gran defensa de la ciudad y mayor peligro para los mexica, el río Quetzálátl, el cual iba crecido y furioso y entraba en el mar con mucha fuerza: los guerreros de México hicieron muchas balsas y puentes de raíces de árboles y de carrizos, que en nahoas se llaman *acatlapechtli*, las que propiamente eran redes de una raíz nombrada *cuauhmatlatl*, que á su vez significa red de árbol; y hechas las balsas durante el día, botáronlas al agua por la noche; y habiendo pasado en ellas el ejército cayó por sorpresa sobre la ciudad. Estos puentes de balsas, formados de

bejucos, y el paso de los ríos frente al enemigo, acusan no sólo audacia sino gran inteligencia en el arte de la guerra.

Hemos dicho que el primer elemento de la fortificación permanente eran las albarradas ó murallas; éstas formaban un recinto cercado que quedaba así defendido por todos sus lados. Las ruinas de la Quemada nos dan una buena muestra. Existe todavía en ellas la muralla que guardaba el recinto. La descripción de la citada campaña de Tototepec nos suministra datos para apreciar

cómo podían utilizarse esos muros y cómo se formaban para defensa de las ciudades; pues se refiere que se hicieron en la ciudad cinco cercas, las más fuertes que podían hacerse, todas de piedra y tierra muy apisonada y de maderas grandes y de todo género de fagina, en las cuales pusieron sus guardas y centinelas, y á más obstruyeron el camino con muchos trozos de madera, piedras, espinas y abrojos. Estas cercas se llamaban *tenámitl*, que significa piedra que rechaza las flechas: así

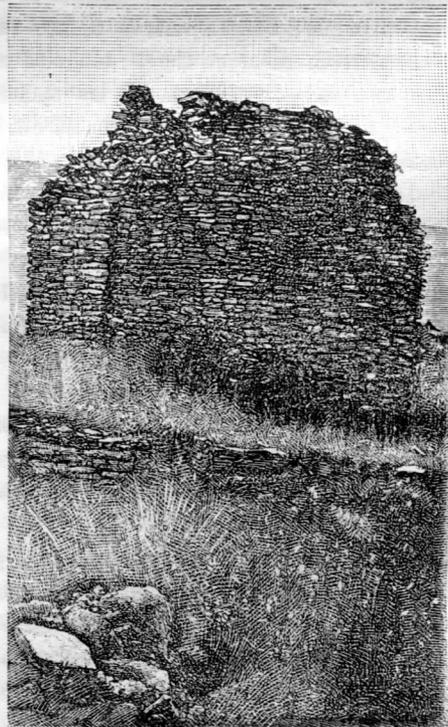


Cerca de la Quemada

es que su principal objeto era poder colocar detrás de ellas á los guerreros, al abrigo de los proyectiles del enemigo. Como éstos no tenían fuerza para derribar ni muros delgados, el *tenámitl* no tenía que ser de mucho espesor, ni de gran consistencia, ni de exagerada elevación: bastaba que cubriese bien al guerrero que ahí se amparaba. Por eso vemos que los muros del cerco de la Quemada ni son de gran altura ni de grueso exagerado, y que están formados solamente de lajas sobrepuestas y unidas con barro. Refiérense á veces los cronistas á troneras hechas en los muros para los flecheros; pero lo que nosotros hemos encontrado varias veces en las pinturas jeroglíficas son muros con almenas para parapetarse mejor. Podemos decir que el *tenámitl* siempre se representa con esas almenas, como puede verse en los jeroglíficos de Tenayócan y Tenanco, y recordemos que acostumbraban reforzar las salidas de estos muros con otras líneas que las cerraban, y que construían caminos cubiertos para librarse de los tiros del enemigo.

Repetimos que atendida la poca fuerza de los proyectiles de las armas mexica, esos muros eran poderosísima defensa; pero encontramos en la misma descripción de la campaña referida, que los *yaoyizque* de México sabían abrir brecha inutilizando la ventaja de esas fortificaciones. Dice el cronista, que después que los mexica pasaron el río, cayeron tan de improviso sobre la cerca, que aunque los centinelas tocaron alarma, ya tenían aquellos hechos sus portillos por donde entraron

en la ciudad. No nos cuentan de qué medios se valían para abrir la brecha, ni sabemos si al efecto tenían



Trozo de muro en la Quemada

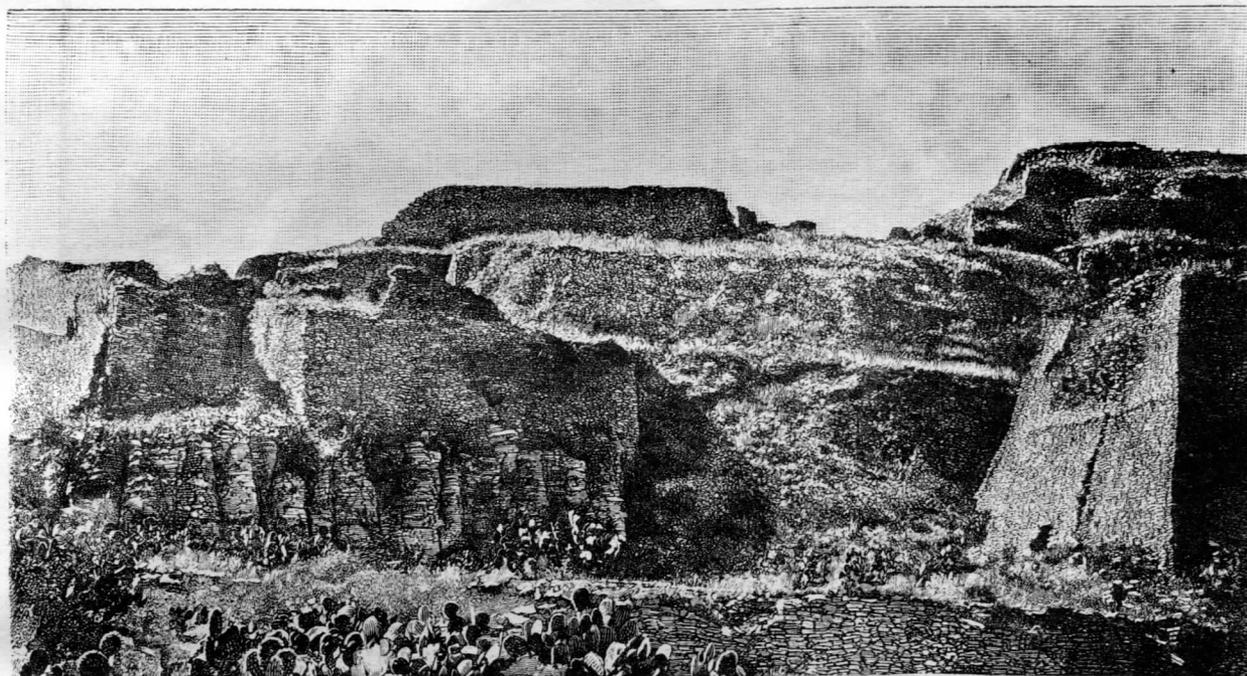
máquinas especiales de guerra; pero es necesario suponer que por lo menos usaron de grandes vigas que numerosos *yaoyizque* impelían contra el muro para romperlo ó

derrumbarlo. El cronista dice que á este efecto se hicieron gran número de coas de palo para cavar las tapias y deshacer las albarradas; pero instrumento tan débil, aunque pudo ser de grande utilidad, nos parece insuficiente. Diremos, pues, que el primer medio empleado por los mexica para tomar una plaza era el asalto; pero aun en éste buscaban la sorpresa, siguiendo siempre su táctica de ardidés y astucias.

Mas no se limitaban los muros á albarradas ó *tend-mill*, pues los había ámplios y á veces unidos en escalones para batir desde lo alto al enemigo, presentándole gran número de combatientes y exponiéndole por lo mismo á recibir mayor cantidad de proyectiles, que era la táctica defensiva de los pueblos de la civilización del

Sur. Recordemos que hemos descrito muros semejantes en las mismas fortificaciones de la Quemada, y por lo que de ellos queda puede inferirse que buscaban el cruzar sus tiros sobre el asaltante.

En este caso era preciso agregar al asalto el escalamiento. El manuscrito de Muñoz Camargo dice expresamente que usaban las escalas; y Durán, refiriéndose al asalto de Quetzaltepec, cuenta que se habían cubierto las murallas con gran número de hombres, piedras y palos arrojadizos, y que al acercarse á ellas recibieron gran daño los mexica; pero de antemano habían construído gran número de escalas, y arrimándolas á los muros, y otros como gatos, subieron denodadamente y tomaron la fortificación. Así es que, unas veces



Muros escalonados de la Quemada

cavando las murallas y otras escalándolas, llegaron los mexica á vencer toda resistencia.

Mayor tenía que ser en los cerros fortificados con albarradas y terraplenes colocados á la redonda y á trechos de su altura. Así vimos que estaba Xochicalco, y así estaba igualmente el cerro de la Quemada, especialmente en la parte que mira al norte. Varios asaltos y escalamientos se requerían para tomar semejantes posiciones, supuesto que tomada una línea, el enemigo quedaba posesionado de las superiores, sin que hubiese más comunicación que la rampa ó escalera común, obstruída y defendida con mayor tenacidad; pues si en algunos lugares, como en Xochicalco, parece que el terraplén subía en espira, debe creerse que esto es debido á los derrumbes, pues semejante forma habría destruído mucho aquella manera especial de defensa.

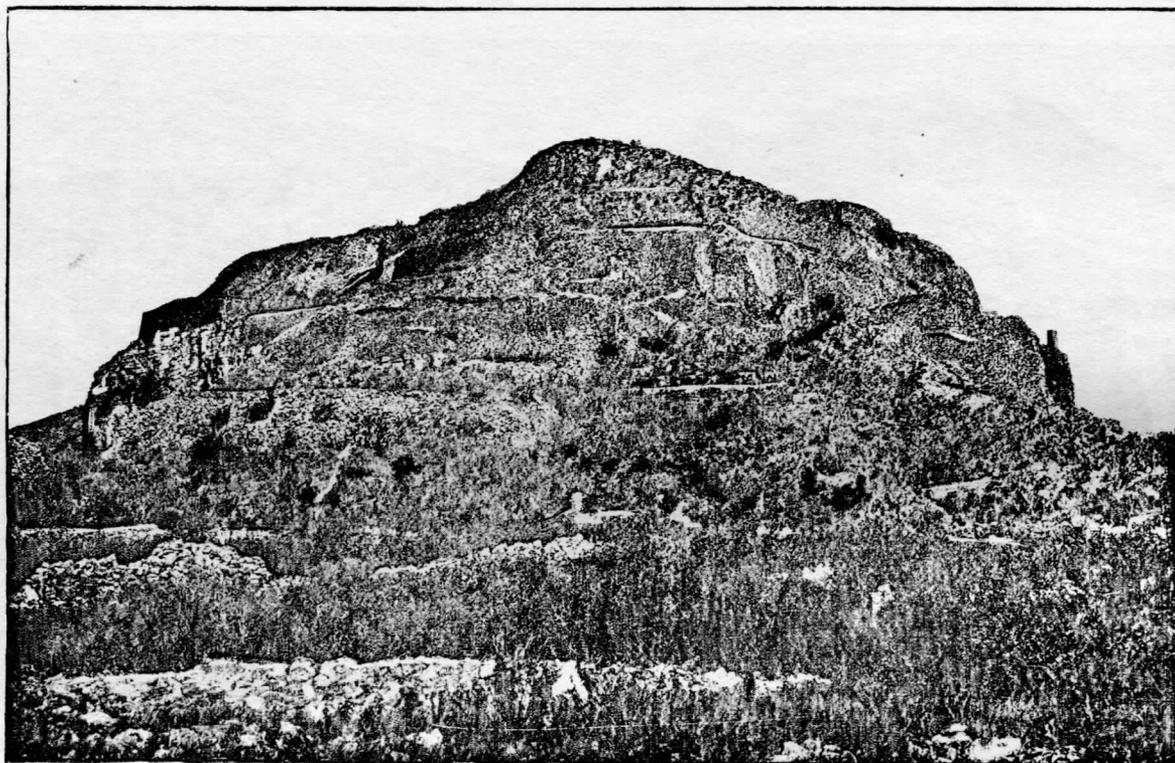
En menor escala pasaba lo mismo con la pirámide y

todavía en menor con el *teocalli*. Presentaban dificultades especiales los fuertes hechos en peñas inaccesibles ó las pirámides de las paredes iguales y sin gradas. De éstas es la de la Quemada; acaso más bien lugar de señales y puesto de observación, podía, sin embargo, quedar como último punto de refugio. Construída, como el resto de las fortificaciones, de pequeña laja, presenta paredes inaccesibles. En caso semejante, y siempre que no era fácil asaltar ó escalar muros, pirámides, templos ó cerros fortificados, se hacía necesario usar de otros medios para tomarlos, y éstos fueron el cerco y el sitio. Llama la atención el que se haya negado que los mexica empleasen tales procedimientos, pues son instintivos y usados por las tribus más bárbaras y atrasadas. Verdad es que el valor y arrojo de los mexica no cuadraban con esas dilaciones; y como no cuidaban de la vida de sus soldados, pues mérito era en sus creencias el morir en

la guerra para alcanzar el premio de ir á la mansión del sol, preferían naturalmente arriesgarse á una aventura a esperar resultados ajenos á su carácter. Pero la razón que para dicha negativa se da no tiene fundamento, pues consiste en decir que los mexica no llevaban elementos suficientes para estar largo tiempo fuera de su territorio. Las guerras que á larguísimas distancias llevaron acreditan lo contrario; y ya dijimos que constantemente recibían auxilios de víveres, armas y hombres de refresco de México ó de los pueblos aliados. Precisamente en la campaña tantas veces citada se habla de cerco de la ciudad atacada; y en lo que de la historia del Anáhuac llevamos escrito, hemos tratado ya del sitio

de Atzacaputzalco, que fué de muy larga duración, y del de Texcoco por Tezozomoc, que fué dilatado y concluyó por la ocupación de la ciudad y después por la trágica muerte del desventurado rey Ixtlilxóchitl.

Vencidos los obstáculos por el sitio, el asalto ó el escalamiento, sobre todo en estos casos era indispensable tomar el *teocalli*, último punto de defensa, en que ésta y el ataque correspondían á la forma piramidal de los templos. Entrada la ciudad era de ley quemar el templo como señal de victoria, y desbandados los mexica y los aliados por la ciudad vencida, da espanto leer en las crónicas cómo se entregaban al pillaje y á la matanza, no perdonando en ocasiones ni á mujeres ni á niños, y



Fortificaciones del lado norte del cerro de la Quemada

trayendo gran cantidad de prisioneros en colleras, de ellos heridos, de ellos sanos, de ellos medio muertos, tratándolos con tanta crueldad que era compasión.

Como ya sabían los enemigos de los mexica que buscaban éstos más el hacerlos prisioneros que el matarlos y que su destino era entonces ó morir en el sacrificio ó vivir en la esclavitud, de ahí venía el que peleaban desesperadamente, buscando la muerte cuando no podían encontrar el triunfo, y huyendo y desamparando la ciudad tomada. Acordémonos de que en la toma de la isla del Petén, quedó despoblada, y que los que de la ciudad no pudieron huir en canoas, se arrojaron al agua por no caer prisioneros, ahogándose muchos en las lagunas, sin que quedase guerrero, anciano, mujer ni niño en el pueblo vencido.

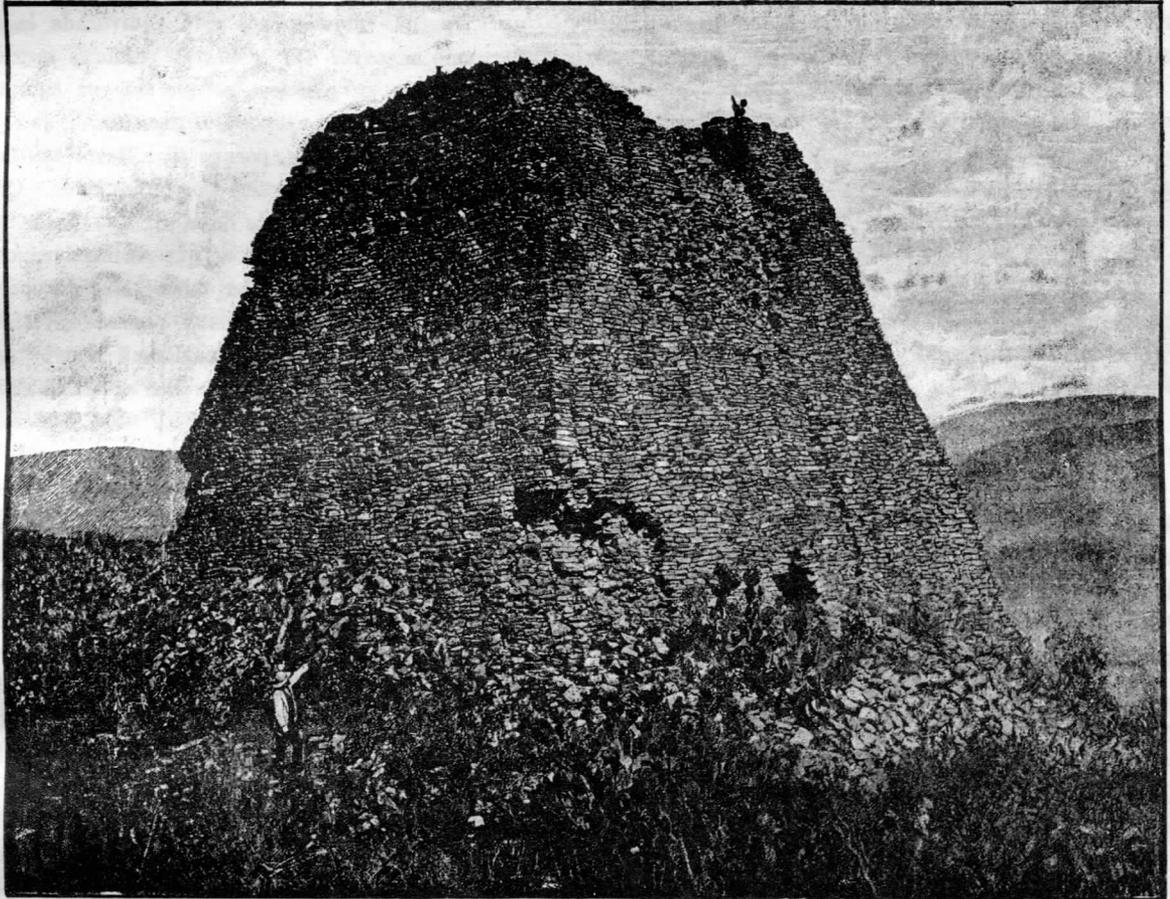
Mas si por lo general los mexica eran siempre los invasores y por lo mismo su táctica tenía el carácter de ofensiva, y en ella, como se ha visto, hicieron grandes adelantos, no les faltaron ocasiones de tener que recurrir á la defensiva, ya cuando después de ser rechazados tenían que abrigarse á las fortificaciones de su campo, hasta donde eran perseguidos por los contrarios, ya cuando éstos hacían salidas de la ciudad cercada, de lo que no faltan ejemplos en las crónicas; y aun los hay de que en algunas veces y en regiones apartadas mudaron su papel y se convirtieron en atacados, teniendo para salvarse que desplegar todos los recursos de un sistema defensivo.

Refiérese como caso especial de esto y acción heroica, cuando los naturales de Ayótlan y Anáhuac no

dejaron salir á los mercaderes que habían ido á tratar con ellos. Los *pochteca* para salvar la vida se hicieron fuertes en el pueblo de Cuauhtenanco, que significa murallas de madera, sin duda por las fortificaciones improvisadas que tuvieron que hacer sus defensores. Sitiáronlos ahí los de Tehuantepec, Izhuatlán, Xochitlán, Amaxtecatl, Cuauhzontla, Atlán, Omitlán y Mapach-técatl. Duró el cerco cuatro años; y los mexica no sólo supieron resistir y sostenerlo, sino que en audaces salidas cautivaron á mucha gente principal de los sitia-dores, llegando al fin á enseñorearse de la región. Y así volvieron triunfantes los mercaderes, llevando sus

báculos, *xahuactopilli*, y sus abanicos, barbotos de ámbar, orejeras llamadas *quetzalcoyolnacochli*, mantas ricas y *mactli* preciados, que desde entonces fueron sus distintivos; y á más llegaron con el cabello hasta la cintura, pues en esos cuatro años jamás se lo habían cortado.

Terminada la campaña ó declarada la victoria, se entregaban los primeros prisioneros tomados para que los sacrificasen á los dioses; y ahí mismo los *teopixque* que del ejército formaban parte, les arrancaban el corazón en su templo humeante aún. Los *calpixque* contaban los cautivos contrarios y los muertos propios,



Pirámide de la Quemada

y hacían cuenta del despojo adquirido, y razón de las hazañas hechas, para que de todo tuviese noticia exacta el *tecuhtli* de México. Si había discusión sobre la propiedad de un prisionero, dirimían la contienda, y en caso de que no pudiesen decidirla, lo aplicaban á un *calpulli* para que fuese sacrificado. Guardaban á los prisioneros que al señor pertenecían, á los cuales ponían en México en una casa llamada *Malcalli*, donde tenían gran cuidado y cuenta de ellos, dándoles de comer y beber. Imponían después tributos á los pueblos conquistados, consistentes en los productos de la región, y les nombraban los *calpixque* que habían de recaudarlos. Dice Sahagún, además, que les elegían gobernadores y

oficiales que los presidiesen, no de sus naturales sino de los que los habían conquistado; pero ya hemos advertido que generalmente se les dejaba sus señores propios. De tal manera, al levantarse el campo para volver á México, los *calpixque* llevaban ya minuciosa cuenta y razón de todo lo ocurrido, de todo lo gastado y de todo lo adquirido. Y si en esto ó en la recaudación de los tributos había mal manejo en el *calpixque*, se le reducía á prisión y echaban de su casa á sus mujeres é hijos, se aplicaba su hacienda al señor y se condenaba á muerte al culpable.

Quedaban al fin vencidos y humillados los enemigos de México; sobre ellos se echaba la carga de cuantiosos

tributos, con éstos se enriquecía la ciudad vencedora y en ella aumentaban las comodidades y el lujo y la pompa; multitud de cautivos sacrificados hacían más solemnes las suntuosas fiestas del culto y más propicios á los dioses sanguinarios; pero tras tanta fatiga, tanta muerte y tanta victoria, ¿qué habían conseguido los mexica para lo porvenir? Les faltaba el instinto de la nacionalidad y de aquellos pueblos no hacían parte de su territorio; no mezclaban las razas vencedora y vencida para hacer una nueva que tuviese iguales aspiraciones y una misma patria; no confundían los intereses de ambas para crear un interés común; por el contrario, hacían más profunda la división, lo que antes era indiferencia ó desvío entre dos pueblos tornábase odio y rencor; iban á largas distancias á buscar regiones para ellos desco-



Toma de un teocalli

nocidas, y sólo les dejaban un recuerdo de sangre y servidumbre, y cuando al fin creían los mexica que habían dominado centenares de ciudades, únicamente habían conquistado millones de enemigos con hambre de venganza y sed de esterminio.

Naturalmente, tan luego como se conseguía la victoria, se despachaba aviso rápido á México. Era costumbre tener correos, aun en tiempo de paz, en los caminos más frecuentados; pero especialmente en ocasión de guerra se establecían para recibir prontas noticias. Los correos se llamaban *paynani*, que quiere decir el que corre ligeramente, porque de esta manera llevaban las noticias. Les decían también *yciuhca titlantli*, que significa mensajero que va de prisa. Había al efecto ciertas estaciones comunes y otras extraordinarias que se ponían hasta el campo de la guerra, las cuales se llamaban *techialóyan* ó lugar donde se aguardan, en que vivían corredores muy ligeros y ejercitados y conocedores de las veredas y caminos más cortos. Enviado un correo del ejército, corría sin descanso hasta el primer *techialóyan*, y comunicaba su mensaje á uno de los correos, que estaban siempre listos, el cual partía á carrera inmediatamente á otra estación, y así, como de posta en posta, volaba la noticia sin que fuese interrumpida un solo momento hasta llegar á la ciudad de México. De esta manera el correo hacía cien leguas diarias sin que nunca fuesen detenidos los *titlantli*, pues eran

respetados como embajadores aun en los pueblos extraños.

Según la noticia que llevaba el *paynani* así eran su porte y traje, y era esto ya tan conocido que bastaba verlo para que luego se supiese la calidad de la noticia que llevaba. Si llegaba con su manta atada al cuerpo y el cabello ceñido, las noticias eran de poca importancia. En caso de desastre entraba en el *técpán* silencioso y con el pelo suelto sobre el rostro. Pero si era nuncio de victoria, aparecía con el *chimalli* al brazo, blandiendo el *macuáhuatl*, trenzado el cabello, ceñido un lienzo blanco y haciendo gentilezas.

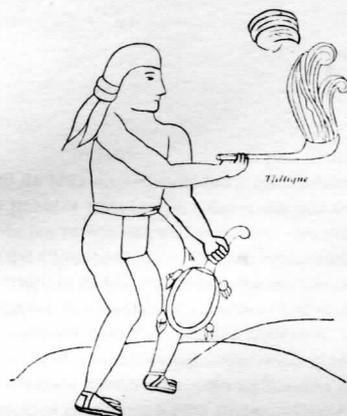
A estos mensajeros les llama Sahagún los *tequipantitlantli*; pero evidentemente está equivocada la ortografía como la mayor parte de las palabras mexica de la impresión de su historia, porque esa voz significaría mensajero afligido. Debe ser *tequihuatitlantli*, que quiere decir embajador *tequihua*, porque para llevar tan faustas nuevas debían escogerse guerreros principales. Oída la noticia por el *tecuhtli*, no le daba ascenso desde luego, y hacía guardar á los mensajeros, que recibían por castigo la muerte siaquella resultaba falsa. Mas después que se habían contado los cautivos y podían enviarse los pormenores de la campaña, se mandaban nuevos *tequihuatitlantli*, que en este caso ya dice el mismo Sahagún que eran capitanes y se daba libertad á los primeros.

La vuelta del ejército victorioso era naturalmente una série de regocijos por todo el camino. Se llenaba la calzada por donde debían entrar en la ciudad de enramadas y vistosos arcos de tules y flores, formando también de tules numerosas cortinas colgantes que semejan grandes flecos. Salían en procesión muy solemne para recibir á los vencedores los grandes sacerdotes con sus trajes de las ceremonias, y los demás ministros de los templos, é igualmente todos los que desempeñaban las primeras dignidades civiles y los *yaoyizque* distinguidos que no habían ido á campaña, todos vestidos con sus atavíos más lujosos y bizarros. Henchíase el camino de los macehuales de México, hombres, mujeres y niños, y de los habitantes de los pueblos vecinos que iban á contemplar admirados á los vencedores. Los sacerdotes iban quemando copal en los braseros sagrados y tañendo los caracoles y bocinas de los templos, formando hilera en uno de los lados de la calzada, y por el otro lado, en hilera también, los principales y los *yaoyizque*. Luego que encontraban al ejército, después de incensarlo y hacer otras ceremonias, volvíanse delante de él, llenando el fondo de tan vistoso cuadro millares de canoas enramadas que venían siguiéndolos por el agua, porque los mexica contemplasen mejor á sus guerreros victoriosos.

Concluiremos esta materia, en que de propósito nos hemos extendido atraídos por los importantes estudios de nuestro amigo el señor Bandelier, y porque tratando estamos de un pueblo esencialmente guerrero; hablando

de la disciplina y jurisdicción militares, si bien con muy pocos datos, pues en este punto fueron más descuidados los cronistas.

Debió ser muy rigurosa la disciplina del ejército y castigarse con energía las menores faltas, siendo imperdonable la cobardía, si atendemos al espíritu despótico



Sacerdote quemando copal

de los mexica, á la crueldad de su educación y castigos en el *Calmecac* y los *telpuchcalli*, y al mismo sentido de la oración citada anteriormente, que en tiempo de guerra se dirigía á Tezcatlipoca. Bien indica el rigor de esa disciplina la vigilancia incesante que se tenía de poner centinelas en la ciudad de día y de noche para que en ella y sus términos cuidasen que no entraran enemigos sin sentirlos ni conocerlos. Así los sacerdotes atalayaban los *teocalli* mudando las centinelas en los espacios de la noche y velaban también los *teachcauh* por intervalos. El mismo *Tlacatecuhtli* velaba muchas veces y salía disimuladamente á observar si estaban en su puesto los vigilantes, y cuando se dormían ó embriagaban los castigaba duramente. Cuando algún pueblo ó nación amenazaba de guerra á los mexica, se tenían centinelas y avanzadas en sus términos, para lo que se empleaba á los valerosos *tequihua*, y éstos cuidaban de día y de noche para ver si los contrarios se aparejaban á la guerra, y prender á sus espías, á los cuales daban muerte lo mismo que á aquellos en cuyas casas se aposentaban. Había también centinelas en los *telpuchcalli*, que estaban cantando en la noche para no dormirse y para que supieran que estaban dispuestos y velando, y como voz de alerta tocaban los *teopixque* sus bocinas en los *teocalli* y les respondían todas las centinelas, y en los *telpuchcalli*, sonando sus caracoles, los *huchueltl* y los *teponaxtli*. Y en fin, para evitar los peligros de la oscuridad de la noche, jamás se apagaba el fuego en los *teocalli* ni en los *técpán*, ni en los *telpuchcalli* ni en el *Calmecac*.

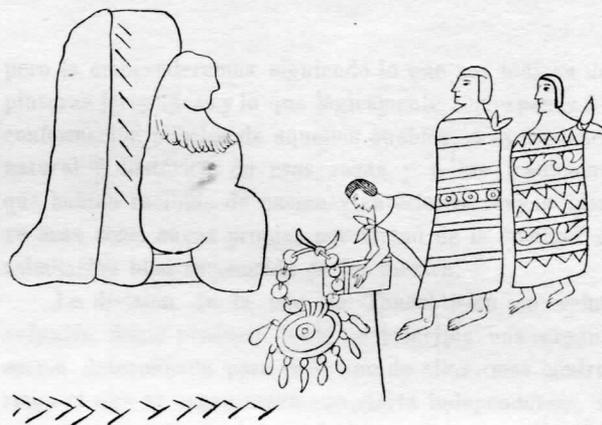
En cuanto á la jurisdicción militar, por lo que hemos visto, parece que en cada *telpuchcalli* correspondía al *telpuchtlato*, siendo los ejecutores los *achcacáuhlin* ó

teachcauh, y pudiendo llegar la pena hasta la de muerte. Mas Sahagún dice que cuando alguno se emborrachaba, amancebaba ó cometía adulterio, el *tecuhltli* lo mandaba prender y le daban garrote, ó le mataban á pedradas ó á palos delante de toda la gente para que tomasen miedo de no atreverse á hacer cosa semejante. Como los mexica usaban el procedimiento por instancias, es de creer que en estos casos eran jueces sucesivos el *telpuchtlato* y el *Tlacatecuhtli*.

Pero la jurisdicción general sobre los *yaoyizque*, según claramente se desprende de la oración á *Tezcatlipoca* y según además afirma Sahagún, la tenían el *Tlacochealcatl* y el *Tlacatécatl*. Llama el cronista á estos juicios consejos de guerra, y dice que el tribunal estaba en un aposento del *técpán*, y que se llamaba *Tequihuacacalli* y por otro nombre *Cuauhcalli*.

Se exceptuaban, sin embargo, de esta jurisdicción los guerreros principales, que eran juzgados directamente por el *Tlacatecuhtli* en un tribunal llamado *Tecpilcalli*; y no era por cierto débil con ellos la justicia, pues si alguno cometía adulterio, por más noble y principal que fuese, le sentenciaban á muerte y le mataban á pedradas. En tiempo de Moteczuma fué sentenciado un gran principal que se llamaba Huitznahuatlecamalacotl, el cual había cometido adulterio, y le mataron á pedradas delante de toda la gente.

Pero así como había para los *yaoyizque* extremado rigor en los castigos, había también esplendidez en los premios que por sus hazañas se les concedían, de los



Ceremonia en las exequias

cuales hemos hablado extensamente, así es que excusaremos repeticiones; sólo diremos que para dar mayor mérito á la recompensa la hacían solemnemente. Al volver el ejército triunfante á la ciudad, llevábase directamente al *técpán* ó palacio del señor á los *yaoyizque* que habían merecido tales gracias. Al entrar en el patio quemábanse en su honra muchos perfumes en los mismos braseros ó en los *tlemaitl* destinados á los dioses. Puestos en presencia del *tecuhltli* alardeaban de sus

proezas, presentando los cautivos que habían hecho en la guerra y demás trofeos de su victoria; y el señor, después de hacerles concesión de grados y ricos presentes, les hacía sentar y pronunciaba un pomposo elogio de su valor y sus virtudes.

Mas en las pocas veces que los mexica sufrieron

reveses en la guerra, entraban los *yaoyizque* en la ciudad silenciosos y tristes, y en vez de cantos de triunfo escuchábase sólo el gemir de las mujeres por sus hijos y esposos muertos, sin que hubiera más solemnidad que la general de las exequias de que en otra ocasión hemos tratado ya.